

Homilía de II Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2016 - 2017 - (Ciclo A)

“Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo”

Introducción

En este segundo domingo de Cuaresma escuchamos en el Evangelio el relato de la transfiguración del Señor. Vislumbramos la gloria. Se nos anticipa el cielo. De algún modo, recién iniciada la andadura cuaresmal, se nos deja entrever cuál es el final de la misma. La resurrección, realidad gloriosa del ser, da sentido a nuestro caminar. Como dirá San Pablo, «si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe» (1 Cor 15, 14).

En definitiva, la Palabra de Dios en este domingo, se nos presenta condensada por **cuatro verbos y una invitación**. Por un lado, los verbos: salir, tomar parte, subir, escuchar, bajar... dotan de vitalidad al conjunto del mensaje y nos ayudan a configurar nuestra identidad creyente, a fraguar nuestra esperanza en la resurrección y a vivir la caridad en el barro de nuestra historia. Por otro lado, una invitación: contemplar. Contemplar la gloria Dios. Contemplar, convirtiendo ‘nuestros modos de ver’ en los ‘modos del mirar de Dios’. Contemplar, como impulso para la misión. Contemplar, gestando al interior, palabras para el tiempo oportuno. «Hasta que el Hijo del hombre resucite», es la medida cumplida del tiempo. Ahora nos toca a nosotros ser narración para los demás de una gloria que hemos contemplado por la fe en Cristo Jesús.



Fr. Ismael González Rojas
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 12, 1-4a

En aquellos días, el Señor dijo a Abrán: «Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra». Abrán marchó, como le había dicho el Señor.

Salmo

Salmo 32, 4-5. 18-19. 20 y 22 R/. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti

La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. R/. Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme, en los que esperan su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. R/. Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 1, 8b-10

Querido hermano: Toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 17, 1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Siquieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo». Al oírlo, los discípulos cayeron de brúces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: «Levantaos, no temáis». Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite entre los muertos».

Pautas para la homilía

En su mensaje de Cuaresma el Papa Francisco comienza con una invitación clara: convertirse al Señor. Pero lo hermoso de sus palabras está en la comprensión del dinamismo de la conversión como un «crecer en la amistad». Nuestras relaciones de amistad aparecen no pocas veces transidas de momentos luminosos y también de otros más oscuros. Los desniveles en el «feed-back» relacional nos causan conflicto y, en ocasiones, hasta distanciamiento.

Pues bien, con la primera lectura de hoy asistimos al inicio de una relación de amistad: la de Dios con su pueblo. En la persona de Abrahán, padre de los creyentes, encontramos el origen de esta amistad. Dios aparece nuevamente con su deseo de formar parte del devenir del ser humano. Un Dios que busca, que nos busca.

Salir. Nuestras relaciones de amistad, al igual que la de Dios con nosotros, implica la decisión de salir de uno mismo para encontrarse con el otro. Este salir de nosotros mismos conlleva aparejado el valor de la confianza. Abandonar nuestros espacios de seguridad, nuestras visiones unilaterales de la realidad y de los otros, desemboca en el enriquecimiento progresivo, en la dilatación de nuestro horizonte de vida. En cristiano, desemboca en el cumplimiento de la promesa. Abrahán es, no solo padre de los creyentes, sino modelo de un vivirse confiado en la Palabra de Dios. Cabe preguntarnos si estamos dispuestos a salir de nosotros mismos al encuentro de los hermanos; si en verdad somos capaces de abandonar nuestras comodidades y seguridades por un bien mayor en el que la vida del otro se hace parte de la mía; o si confiamos en la Palabra de Dios como guía para nuestro caminar.

Tomar parte. Pero toda relación de amistad, además de salir, exige de nosotros un compromiso con y por el otro. Así lo entiende el apóstol Pablo cuando nos invita a implicarnos en «los trabajos del Evangelio». Comprometerse con la causa de Cristo es comprometerse con el hermano. El afán de cada jornada halla su motivo, no en nuestro voluntarismo bienintencionado, sino en la misericordiosa opción de Dios por contar con nosotros para las labores del Reino. Se trata de dejarnos complicar la vida por el Evangelio. ¿Cómo vivo mi fe: desde la comodidad o desde el compromiso? ¿Cómo predico a Cristo en lo que vivo y en lo que hago?

Subir. «Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan y se los llevó a una montaña alta». Se trata de alzar la mirada, de contemplar más allá de las estrecheces de nuestros ojos. Se trata de hacer el esfuerzo de alejarnos un poco de lo urgente de nuestra vida para tener una perspectiva mayor de lo verdaderamente importante. Se trata de buscar el encuentro con Cristo para volver a la vida cambiado por Él. Se trata de no ser siempre nosotros la última palabra en todo y para todo. Se trata de dejar a Cristo que nos muestre su gloria en cada uno de los hermanos. En mi oración, en mi encuentro con Cristo ¿dejo que Él cambie mi vida, mis prioridades, mis intereses?

Escuchar. Es imperativo divino. Escuchar a Cristo. En las relaciones de amistad la escucha juega un papel central. En cierta medida, escuchar al otro me complica la existencia, me compromete con el otro, me hace formar parte del devenir del otro. Y esto es precisamente lo que Dios quiere cuando nos invita a escuchar a Cristo: que formemos parte de la vida de Cristo, que nos dejemos complicar e implicar en su proyecto salvífico. Ya no se trata solamente de obedecer la ley mosaica o de ejecutar la denuncia profética. Ahora, ambas, han de ser vividas a través del tamiz de la nueva ley que trae Cristo: «amaos unos a otros como yo os he amado». ¿A quién escucho? ¿Oigo el clamor de mis hermanos? ¿Escucho a Cristo en mi vida o solo soy yo el que hablo? ¿Es Cristo un Tú personal para mí con el que hacer encuentro, o solamente es un ente abstracto al que presentarle mi lista de deseos como si se tratara de un mago?

Bajar. Para poder levantar a un hombre caído es necesario agacharse. No podemos estar siempre viviendo en abstracto nuestra vida cristiana. Ésta ha de encarnarse en medio del barro de la humanidad. Ha de poner la pizca de gloria recibida por la fe en Cristo Jesús como punto de luz y esperanza en medio de las tinieblas de nuestro mundo. Es nuestro momento. El de cada uno de nosotros por llevar a nuestros hermanos, especialmente a los que más sufren, la presencia gloriosa de Cristo.

El final es una **invitación**: la de contemplar, la de ser transfigurados por Dios como lo fue Cristo. Aquí las palabras se agotan y solo cabe dejarle espacio a la poesía, al modo humano de pronunciar lo inefable. Estos versos del largo poema de Gerardo Diego, «Salmo de la transfiguración», pueden servir de colofón final, de oración personal, de deseo compartido:

Transfigúrame.

Señor, transfigúrame.

Traspáseme tu rayo rosa y blanco.

Quiero ser tu vidriera,

tu alta vidriera azul, morada y amarilla

en tu más alta catedral.

Quiero ser mi figura, sí, mi historia,
pero de Ti en tu gloria traspasado.

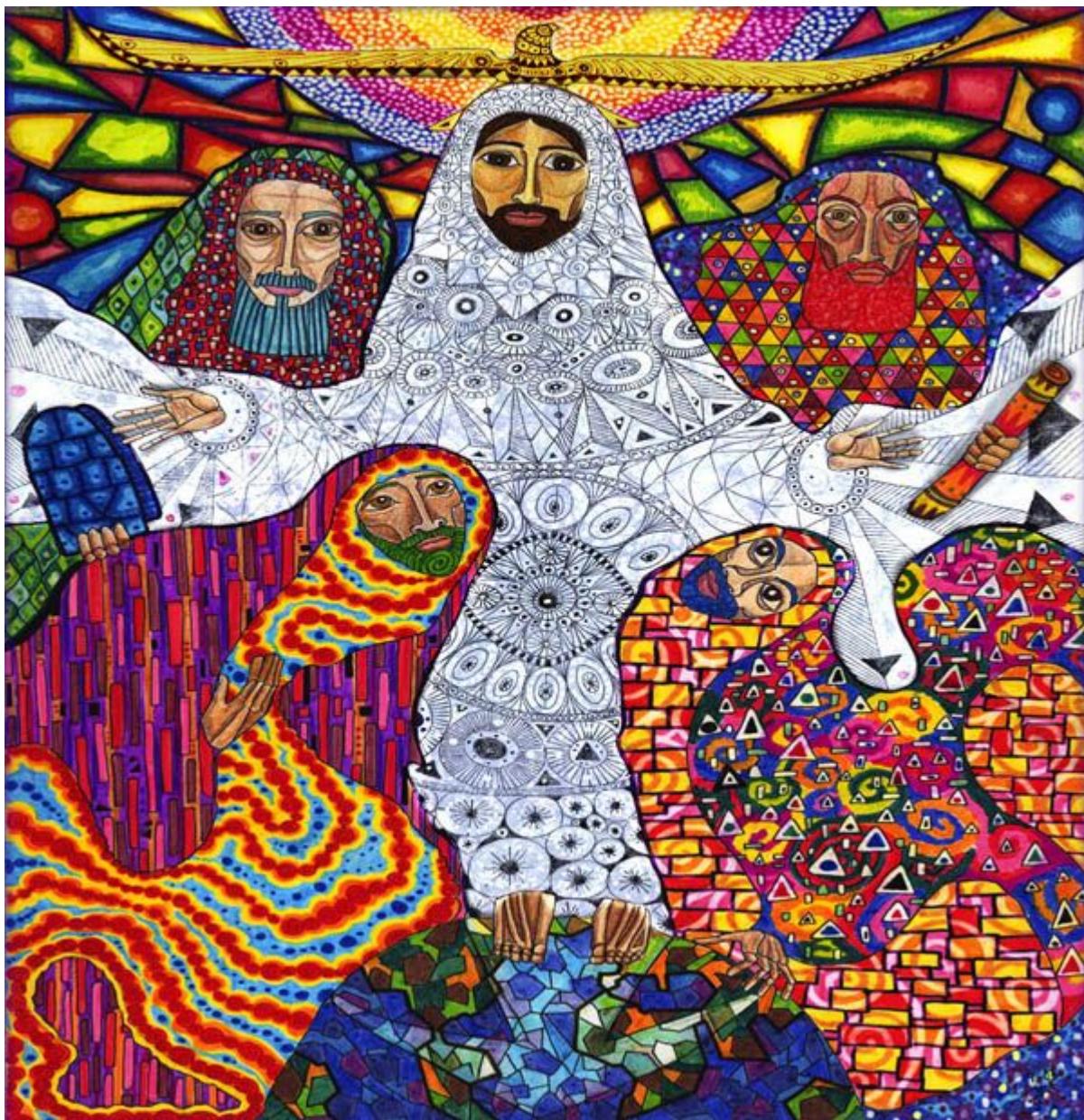
Quiero poder mirarte sin cegarme,
convertirme en tu luz, tu fuego altísimo
que arde de Ti y no quema ni consume...



Fr. Ismael González Rojas
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

II Domingo de Cuaresma - 12 de marzo de 2017



La Transfiguración

Mateo 17, 1-9

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro entonces tomó la palabra y dijo a Jesús: -Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Siquieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: -Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle. Al oírlo, los discípulos cayeron de brúces, llenos de espanto. Jesús se acercó y tocándolos les dijo: -Levantaos, no temáis. Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: -No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

Explicación

Un día Jesús compartió con sus amigos un secreto los llevó a una montaña alta y se llenó de luz, mientras hablaba con Moisés y Elías y una voz decía: "Este es mi Hijo amado. Escuchadle". Esto ocurrió para darles ánimos, de tal modo que cuando le vieran morir en la cruz no perdieran la esperanza del todo y recordaran lo que pasó en ese monte, cuando él se les apareció revestido de luz.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA – CICLO “A” (Mt. 17, 1-9)

NARRADOR: En aquel tiempo Jesús se encontraba rodeado de sus discípulos y de mucha gente que había venido de todas las aldeas y lugares vecinos a escucharle. Después que les hubo instruido, Jesús se levantó.

JESÚS: ¡Pedro, Santiago, Juan, venid conmigo!

PEDRO: ¿Qué quieres, Maestro? ¿Dónde tenemos que ir?

JESÚS: Pienso que es un buen día para subir al monte Tabor.

JUAN: ¡Estupendo! El panorama desde allí resulta impresionante.

SANTIAGO: ¡Vamos ya! Hace tiempo que no subo al Tabor.

NARRADOR: Cuando llegaron a la cima, Jesús se transfiguró delante de ellos. Su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Entonces aparecieron Moisés y Elías que comenzaron a hablar con él. Los discípulos no entendían nada de lo que hablaban.

JUAN: Señor... ¡Qué hermoso es estar aquí!

SANTIAGO: Es verdad, Jesús. Ahora vemos lo importante que eres.

PEDRO: Maestro, si quieras haremos tres chozas: Una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

NARRADOR: Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra. Y una voz desde la nube decía:

VOZ: Este es mi Hijo amado, el escogido. ¡Escuchadlo!

NARRADOR: Al oírlo, los discípulos miraron a todos lados y no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos.

JESÚS: Levantaos. No tengáis miedo. Vámonos ya junto a todos. Es hora de regresar.

NARRADOR: Los discípulos no acertaban a entender lo sucedido. Y pensaban en la cara de incredulidad que pondrían sus compañeros, cuando les contaran lo que había pasado. ¡Se van a quedar de piedra!

JESÚS: No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández